

ÉL BUSCA
LA LIBERTAD.
ELLA, LA
REVOLUCIÓN.

EL DEMONIO DE LAS SOMBRAS

JON
SKOVRON

minotauro

JON SKOVRON

El demonio de las sombras

minotauro

Título original: *Bane and Shadow. The Empire of Storms: Book Two*

Primera edición: junio de 2017

© Jon Skovron, 2017

Publicado por primera vez por Orbit

Los derechos de traducción de esta obra se han acordado a través de
Jill Grinberg Literary Management LLC y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
Todos los derechos reservados

© Traducción de Manuel Mata Álvarez-Santullano
y de Juan Pascual Martínez, 2017
© Mapa de Tim Paul, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y situaciones
descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas, lugares o
hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0416-6
Depósito legal: B. 12.104-2107
Preimpresión: Pleka
Impreso en España por Romanyà Valls, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema
informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito
del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra
la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1



No era el primer periodo de servicio de Brice Vaderton, pero casi lo parecía, porque era la primera vez que capitaneaba una fragata imperial. La *Guardiana* era una nave de guerra de tres palos, aparejo cruzado y cuarenta y dos cañones, botada hacía poco. Era una tercera parte más grande que la última que había capitaneado y tenía el doble de potencia de fuego.

El camarote del capitán Vaderton era lo bastante grande como para albergar un escritorio, un camastro de buen tamaño y un sofá. De haber estado casado, podría haber alojado allí a su esposa. Se encontraba a proa, bajo la elevada toldilla. Contaba con varios ojos de buey desde los que, hasta donde alcanzaba la vista, se divisaba un cielo azulado, radiante y sin nubes y un mar ondulante y de color verde. El tiempo era inusualmente bueno para la parte occidental del imperio, sobre todo en aquella época del año. Aquella región, cuando el verano daba paso al otoño, solía padecer el embate de repentinas y caprichosas ventoleras y ráfagas de lluvia gélida. En vez de ello, tenían cielos despejados y un viento constante y soportable. Vaderton no creía que durara mucho, pero estaba dispuesto a aprovecharlo mientras así fuera.

Estaba sentado a su escritorio, poniéndose al día con las bitácoras. Era un hombre muy meticulado con los archivos y, según sus superiores, esta era una de las razones de que, a pesar de

su edad, le hubieran confiado el mando de una de las mayores naves del imperio.

Acababa de celebrar su cuarenta cumpleaños y era uno de los oficiales más jóvenes que hubiera recibido el mando de una fragata de guerra imperial. Y estaba decidido a demostrar que era digno de esta confianza. Dentro de la gran inspección imperial, sus órdenes consistían en recorrer el extremo occidental del imperio hasta llegar a los estrechos que separaban las Islas del Sur del resto y luego continuar rumbo al este hacia Puesto Vance. Por el camino, debía recalar en todos los puertos importantes, por un lado para recoger los informes anuales del censo y, por otro, para mostrar a todos el renovado y flamante poder de la Marina imperial. Por sencilla que fuera la tarea, Vaderton tenía la intención de llevarla a cabo como mandaban los cánones, sin desviaciones.

Consultó su reloj. Las nueve en punto. La hora de la inspección de cubierta de media mañana. Se incorporó y sacó la guerrera blanca gruesa. A pesar del calor de finales de verano que aún perduraba en el aire, le agradaba sentir su peso. La rigidez del brocado de oro de la parte delantera y las charreteras doradas de los hombros lo hacían sentirse protegido por el poder de la Marina imperial en su conjunto. Se alisó el cabello castaño, perfectamente recortado conforme al reglamento, cogió su sombrero de capitán, también blanco con detalles dorados, y se lo caló con cuidado en la cabeza. Había visto a algunos capitanes llevarlo ladeado. Puede que eso les diese un aire más osado, pero resultaba muy poco práctico. A la primera ráfaga de viento saldría despedido por la borda. Cuando estaba en la academia, algunos de sus compañeros se burlaban de él por su obsesión por tales menudencias. Sin embargo, ninguno de ellos había recibido aún el mando de una fragata, así que tenía la certeza de haber estado en lo correcto.

Abrió la puerta y salió al alcázar.

—¡Capitán en el puente! —anunció el guardiamarina Kellert.

Todo el que podía dejar lo que estaba haciendo lo hizo y se cuadró para saludar al capitán Vaderton. Al cabo de un solo mes en el mar empezaban a parecer una buena tripulación. Sumando a los artilleros, La *Guardiana* contaba con unos doscientos tripulantes, más del triple que su última nave. En el pasado, siempre se había preocupado por aprenderse los nombres de todos. Ahora esto era imposible, pero al recorrer el puente con la mirada, le ofreció a cada uno de los presentes un momento de contacto ocular. Reconocer el buen comportamiento era tan importante como castigar el malo.

—Descansen —dijo con voz grave, y todos continuaron con sus tareas.

Se volvió hacia Kellert, impecable con su casaca blanca de oficial imperial. Al poco de zarpar, este asunto había provocado cierta fricción entre ambos. Por naturaleza, Kellert era un individuo con tendencia al desaliño. Vaderton le había sugerido que, dado que no parecía sentir interés por tener el aspecto de un oficial, se trasladase a los mucho más informales alojamientos de la marinería. Unas noches durmiendo en una litera y comiendo el rancho de sus subordinados habían bastado para hacerlo recapacitar. Una de las responsabilidades de Vaderton consistía en preparar a sus oficiales para servir al imperio como capitanes de su propia nave. Se la tomaba con tanta seriedad como todas las demás.

—Informe, señor Kellert —dijo mientras recorría el puente con la mirada para observar el trabajo de sus hombres.

—Todo en orden, capitán. —Esbozó una pequeña sonrisa y entonces añadió—: Con la excepción del barco fantasma, claro.

Vaderton no le devolvió la sonrisa.

—¿Qué es eso del «barco fantasma», señor Kellert?

—Ah, nada, señor. El joven Jillen, que está de vigía en el turno de noche, creyó haber visto una nave en lontananza poco antes del amanecer. Pero cuando me llamó, yo no vi nada con el catalejo. Lo más probable es que se quedara dormido un instante, pero los hombres han estado burlándose de él desde en-

tonces, diciendo que ha visto un barco fantasma. Para asustar un poco al mozalbete, ya sabe.

—¿Y sigue diciendo que vio esa nave? —preguntó el capitán Vaderton.

Kellert adoptó una expresión de leve inquietud.

—Supongo que sí, señor.

—¿Lo supone? ¿Es que no lo interrogó más a fondo? ¿Aunque fuese para pedirle algún detalle sobre la nave que vio?

—El muchacho solo tiene doce años. Pudo haber visto cualquier cosa.

Kellert empezaba a parecer nervioso.

—Por ejemplo, unos piratas, señor Kellert.

Este palideció.

—Sí, señor. ¿Quiere que lo interroge ahora?

—Envíemelo. Lo interrogaré yo mismo.

—Sí, señor —dijo Kellert con tono de resignación.

El capitán Vaderton asintió y observó cómo el guardiamarina se alejaba a paso vivo. Evidentemente, aún le faltaba mucho por aprender.

Vaderton cruzó sin apresurarse el alcázar y luego descendió a la cubierta principal. Mientras avanzaba, observó a la tripulación que, a su alrededor, se movía con minuciosa precisión. Lo asombraba que aquellos hombres —ninguno de los cuales resultaba interesante o notable por sí solo— pudieran combinar sus esfuerzos para afrontar la formidable tarea de tripular una de las naves más poderosas del imperio.

Ascendió la corta escalerilla que llevaba al castillo de proa, donde se detuvo un instante para dirigir la vista sobre las aguas verdes y onduladas hasta el lugar donde se encontraban con el cielo azul en el horizonte. En general, el capitán Vaderton prefería mantener a raya sus sentimientos y pensamientos, pero la imagen de un océano abierto ante sí y el olor del viento salado en los pulmones siempre ablandaban su férrea actitud, aunque solo fuera un poco.

—¿Quería verme, señor? —preguntó una voz aguda.

Vaderton se volvió y vio a Jillén. Era un muchacho singu-

lar y seguramente por ello se acordara de él. Era corto de talla y menudo de huesos hasta para un niño de su edad. Hablaba con la cadencia lánguida de los oriundos de los suburbios de Nueva Laven, pero, al mismo tiempo, poseía una inteligencia que resultaba sorprendente en alguien de tan modesta procedencia. Es más, Vaderton lo había visto examinar libros y notas, como si poseyera un rudimentario conocimiento de las letras.

—Me ha informado el señor Kellert de que vio usted algo durante la guardia de medianoche —le preguntó al muchacho.

—Sí, señor. A babor. Parecía un barco, señor.

—¿Podría describirlo?

—Dos palos con varias velas. Navegaba hacia nosotros. Y no tenía bandera imperial. Al menos, que yo viese.

—¿Informó de ello al señor Kellert?

—Sí, señor.

—¿Y el señor Kellert no pensó que debía avisarme de ello?

—Tengo entendido, señor, que creyó que yo lo había soñado. Porque, cuando fue a mirar, el barco había desaparecido.

—¿Un barco que desapareció? ¿Seguro que es eso de lo que quiere informar? —preguntó Vaderton con tono de gravedad.

—Supongo, señor. —Jillen le dirigió una mirada nerviosa—. Sé que suena raro, pero es lo que vi, señor.

El capitán Vaderton entendía las pocas ganas de Kellert de haberlo informado sobre aquello. El guardiamarina lo creía imposible. Puede que él hubiera cometido el mismo error a su edad. Pero si algo había aprendido en los últimos años era que no hay nada imposible.

—Joven Jillen —dijo—. Explíqueme qué es un barco.

—¿Señor?

El nerviosismo de Jillen pareció intensificarse. Sus ojos saltaban de acá para allá como si estuviera buscando una salida.

—No tengas miedo, muchacho —lo tranquilizó el capi-

tán—. Solo dime, con tus propias palabras, lo que crees que es un barco.

—Es una embarcación de madera que flota sobre el agua y lleva velas para moverse con el viento.

El capitán Vaderton asintió.

—No está mal. Pero un barco es algo más que una embarcación. También es la gente que va en él. La tripulación forma parte del barco. Cada uno tiene su cometido, con el que debe cumplir por el bien de todos. Si alguna de esas partes deja de funcionar, se resiente la nave entera.

—¿Como las abejas? —preguntó Jillen.

—¿Las abejas? —repitió Vaderton, sorprendido.

—Sí. Hacen falta centenares de abejas para formar un panal y hacer que funcione. Cada abeja tiene su trabajo. La reina es la que manda, pero hasta ella tiene un cometido. Así es como funciona un panal —Jillen lo miró con una gran sonrisa antes de añadir—, señor.

—Sí —asintió Vaderton mientras se preguntaba de dónde podía haber sacado aquella información un truhan callejero de Nueva Laven—. ¿Y tú crees que alguna de las abejas decide alguna vez que sería mejor no cumplir con su cometido con la esperanza de que la reina no se dé cuenta o no le parezca importante?

—Claro que no, señor. Si las abejas dejaran de trabajar, podría morir el panal entero.

—Así es —asintió de nuevo Vaderton—. ¿Y qué pasa si un tripulante de la nave decide no cumplir con sus obligaciones? Digamos, por ejemplo, que él decidiera lo que es posible y lo que no en lugar de dejar esa responsabilidad en manos del capitán. Ese tripulante estaría poniendo en peligro la nave entera.

Jillen abrió los ojos de par en par.

—Pero capitán, yo le conté...

El capitán Vaderton levantó una mano y Jillen guardó silencio al instante. Un chico listo.

—Como acabo de decir, joven Jillen, no tienes de qué preocuparte. Pero quiero que recuerdes bien todo lo que acabo de

decirte mientras presencias cómo le dan diez latigazos al guardiamarina Kellert.

—S-sí, señor —tartamudeó Jillen, con expresión no menos aterrada.

Se convocó a toda la tripulación a cubierta a mediodía para presenciar el castigo de Kellert. El sol brillaba con fuerza sobre la tablazón y sus rayos centelleaban en los regueros de sangre y sudor que resbalaban por la espalda del guardiamarina, atado al palo mayor. Seguramente, muchos de ellos pensasen que era un castigo excesivo, sobre todo los oficiales como Kellert, que solían considerar que estaban por encima de tales castigos. Pero con una demostración pública como aquella, el capitán dejaba más que claro que no iba a tolerar negligencias, fuera un oficial o un simple marinero el responsable. Además, aquella lección también beneficiaría al propio Kellert. A pesar de la potencia de sus navíos y la ferocidad de sus combatientes, si la Marina imperial se mantenía a flote era gracias a la férrea determinación de su oficialidad. Y era solemne deber del capitán Vaderton asegurarse de que los capitanes futuros siguieran siendo tan duros y exigentes, templados en los fuegos de la experiencia y la disciplina hasta que su voluntad fuera igualmente rígida.

Pero aquello no le reportaba ningún placer. Es más, se alegró de que Kellert contuviera las lágrimas. Mientras se lo llevaban a los camarotes de los oficiales para recuperarse, caminaba erguido y con la cabeza alta. Puede que no fuese el más fiable de los oficiales, pero al menos era capaz de soportar el dolor.

Una vez que terminó el castigo y los hombres volvieron a sus puestos, el capitán organizó un turno doble de guardia a todas horas con órdenes explícitas de informarlo directamente sobre cualquier cosa que avistasen, por insignificante o insólita que pudiera parecer. A continuación, él mismo se colocó al timón. No era necesario, claro está. La *Guardiana* contaba con varios timoneles. Pero al capitán Vaderton le gustaba sentir en

las manos el timón de madera recia de vez en cuando, sobre todo después de haber tenido que cumplir con uno de los deberes más ingratos de su cargo. El sol de la tarde sembraba de destellos el mar salpicado de blanco. Vaderton aspiró hondo y saboreó la tensión constante del timón en las manos, la fuerza del mismísimo océano. Para él, no existía nada más majestuoso en el mundo.

Poco a poco, comenzó a cobrar conciencia de la presencia de alguien que aguardaba a su lado en actitud respetuosa.

—Señor Jillen —dijo—. ¿Está pensando en algo?

—Mil perdones, capitán —respondió Jillen mientras lo miraba con los ojos entornados por el duro embate del sol.

Había una cierta belleza en las facciones delicadas del muchacho. Vaderton sabía que si no se endurecía pronto, los demás tripulantes se lo harían pasar mal. Pero no era tarea suya instruir a los meros tripulantes. Eso era cosa del contramaestre.

Así que no dijo nada.

—Suéltelo, señor Jillen. A fin de cuentas, ya ha perturbado la serenidad de mi reposo.

—Bueno, señor —dijo Jillen mientras levantaba hacia él una mirada llena de seriedad—, solo quería saber lo que cree que vi. Me refiero al barco que desapareció.

—No lo sé —respondió el capitán—. Pero en este mundo hay cosas más extrañas que un barco que parece desaparecer, se lo aseguro. He visto cambiar el tiempo sin previo aviso. He visto peces sable del tamaño de esta cubierta. Y una vez, en la lejanía, vi un barco gigante revestido de metal.

—¿Un barco de metal, señor? ¿Y cómo es que no se hundía?

—Puede que gracias a algún arte de navegación que aún desconocemos. Puede que gracias a la biomancia.

—¿Biomancia, señor? —Jillen titubeó un instante—. Dicen los hombres que conoce a uno, señor. A un biomante, me refiero. ¿Es cierto?

—Dudo que un hombre normal pueda conocer de verdad a un biomante. Pero sí que serví a uno durante algún tiempo. Y he de decir que quedó complacido con mis servicios.

Vaderton sabía que entre los demás capitanes se rumoreaba que aquella era la razón de que hubiera recibido el mando de una fragata a tan temprana edad. El favor de los biomantes tenía mucho peso, tanto en la Marina como en la corte del imperio.

—¿Y son brujos de verdad, señor? —preguntó Jillen—. ¿Lo suyo no son solo trucos?

El capitán sonrió un instante.

—¿Sabía usted, joven Jillen, que no somos la única guardiana que surca estos mares?

—Yo creía que no podía haber dos barcos con el mismo nombre.

—Ah, es que no es un barco —repuso Vaderton—. Es un gran monstruo marino creado por los biomantes para proteger las fronteras septentrionales del imperio contra los invasores. Lo vi una vez, cuando servía a sus órdenes. Un terrible kraken, tan grande como un barco y capaz de destrozar uno con sus gigantes tentáculos tan fácilmente como usted rompería un huevo.

—Parece increíble, señor.

Los ojos de Jillen estaban tan abiertos que parecían sendos remolinos.

—Piense en el poder de ese kraken. Luego imagine el poder que habrá hecho falta para crear a una criatura así. Pues ese es el poder de los biomantes.

Jillen se estremeció.

—Descubrirá usted, joven Jillen, que el mundo está poblado de maravillas y horrores que exceden con mucho nuestras modestas expectativas. Y, le guste o no, verá algunos de ellos antes de que concluya este viaje.

La expresión de Jillen se tornó aterrada, pero también expectante.

—Así lo espero, señor.

Vaderton sonrió.

—La sed de aventuras es prerrogativa de los jóvenes. Pero muchas veces se sacia antes de lo que ellos esperan.

—No en mi caso, señor —respondió Jillen con el rostro flaco rebotante de confianza—. Yo seguiré buscándola hasta el fin de mis días.

El capitán Vaderton asintió.

—Puede que así sea en su caso, joven señor Jillen.

Poco antes de que se pusiera el sol, resonó un grito procedente de la cofa. El capitán Vaderton había regresado a su camarote, donde estaba cenando a solas, como era su costumbre. Un puño aporreó frenéticamente la puerta.

—¡Nos atacan, capitán!

Vaderton recogió la casaca y el sombrero antes de abrir la puerta.

—¿Cuántos son? —interrogó al oficial, que estaba lívido—. ¿Son piratas?

El oficial negó con la cabeza mientras respondía con palabras atropelladas:

—¡El barco fantasma!

—Contrólese.

Vaderton lo apartó de un empujón que hizo caer al joven al suelo y se puso la casaca mientras cruzaba el alcázar. Hecker estaba al timón, con los nudillos blancos.

—Informe —le espetó.

—Se aproximan por la popa.

—Deme su catalejo.

Hecker se lo entregó.

—No creo que lo necesite, señor.

Con el ceño fruncido, el capitán se dirigió hacia popa y subió a la toldilla. Desde allí arriba pudo ver con claridad lo que quería decir Hecker. Una nave avanzaba hacia ellos con todo el trapo desplegado en los dos palos, los pescantes y el foque. Pero lo extraño era que el navío entero, del casco al velamen, despedía un extraño fulgor verdoso y fosforescente que Vaderton solo había visto en las medusas que flotaban bajo la superficie marina en noches tranquilas. Incluso para la cantidad de trapo

que había desplegado y para contar con la ventaja del viento, se les echaba encima a una velocidad inaudita. Habría sido imposible escapar de él. Aun en el caso de que Vaderton tuviera la intención de hacerlo, que no la tenía.

—¡Todos a sus puestos! —rugió—. ¡Zafarrancho de combate!

La orden se transmitió por la nave mientras empezaban a sonar los tambores. Al cabo de unos instantes, el comedor estaba desierto y la cubierta repleta de marineros. El capitán regresó con Hecker al timón. El señor Frain, maestre de artillería, que acababa de presentarse en el puente con aspecto desaliñado, tenía los ojos muy abiertos y cara de consternación

—Frain, arréglese ese uniforme. Hecker, vire y presénteles el costado. Por muy fantasmas que sean, vamos a mandarlos a pique.

Frain comenzó a arreglarse mientras recomponía la expresión. Hecker asintió y giró el timón.

—Sí, capitán.

Muchas veces no hacía falta más que esto. Mostrar un poco de coraje para que los hombres encontrasen el suyo.

La *Guardiana* comenzó a virar lentamente, desplazando su enorme corpachón a contracorriente.

—A sus órdenes, señor.

El guardiamarina Kellert se cuadró ante el capitán, pálido pero con expresión firme y el uniforme impecable y sin una sola arruga.

El capitán Vaderton le había dado un permiso tras los azotes, pero le complacía comprobar que el joven oficial lo había rechazado. Le puso una mano en el hombro y asintió.

—Muy bien, señor Kellert. Parece ser que aún haremos un hombre de usted. Diga al señor Bitlow que prepare los cañones de mira por si intentaran virar bruscamente.

—Sí, señor.

Kellert volvió a saludar y se alejó con rapidez.

La *Guardiana* había completado el viraje con tal rapidez que ahora presentaba la banda de babor a la nave enemiga.

—Señor Frain, que vean a qué se enfrentan —ordenó Varderton al maestre de artillería.

—¡Preparen cañones de babor! —gritó Frain a la cubierta de la batería, debajo de él.

Varderton oyó el ruido de una veintena de cañones que adoptaban su posición erizando el costado del barco. Casi le pareció sentir cómo vibraba el potencial destructivo de la nave bajo sus pies.

—No parecen tener la intención de virar, señor —dijo Hecker.

El capitán frunció el ceño.

—Lanzarse contra nuestro costado sería un suicidio. Incluso a esa velocidad, terminarán hechos pedazos antes de que hayan podido acercarse lo bastante como para embestirnos o lanzar los garfios. Seguro que su capitán es consciente de ello.

Apuntó con el catalejo el borroso contorno de la verde nave, pero era difícil distinguir muchos detalles. No pudo ver hombres, banderas ni marcas de ninguna clase. Sentía en el tuétano de los huesos que allí estaba pasando algo, pero no alcanzaba a entender el qué. Sin embargo, no podía dejar que los hombres se enterasen, claro.

—Puede que ya estén muertos, señor —dijo Hecker—. Es posible que nuestros disparos los atraviesen.

—De ser así, no debemos temer que nos embistan. En cualquiera de los casos, dentro de poco lo sabremos —dijo Varderton con tono lúgubre—. Señor Frain, abra fuego en cuanto los tengamos a tiro.

—Sí, capitán.

El silencio se apoderó de la tripulación mientras los hombres observaban cómo se aproximaba el refulgente navío.

—¡Fuego! —ordenó Frain.

La hilera de cañones tronó como una tormenta y a su alrededor se levantó una densa humareda. La andanada hizo blanco y alcanzó a la nave enemiga en toda la proa. Pero en lugar de sufrir daño, la nave explotó de manera silenciosa en una nube

de diminutas motas brillantes que salieron despedidas en todas direcciones antes de hundirse lentamente en el mar.

—Qué diablos... —gruñó Frain.

El rugido de un cañoneo llegó desde estribor y La *Guardiana* se estremeció violentamente a consecuencia de un impacto. El capitán Vaderton giró sobre sí mismo tratando de mantenerse en pie en medio del balanceo de la cubierta. Lanzó una mirada incrédula a la nave que, de improviso, había aparecido al otro lado. Era idéntica a la anterior, solo que sin el fulgor y el contorno borroso. Esta nave era muy real y acababa de descargar una andanada a quemarropa sobre su banda de estribor.

—Capitán —dijo Frain con voz teñida de temor—. Mire esa bandera.

La bandera que enarbolaba la nave en lo alto del palo mayor tenía un óvalo negro con ocho líneas del mismo color sobre un fondo blanco. Era el símbolo de los biomantes, que Vaderton conocía a la perfección. Pero sobre él había una gruesa X de color rojo sangre. No lo había visto nunca, pero sí lo había oído mencionar en multitud de historias antiguas.

—La bandera del *Cazador de krakens* —susurró Hecker—. Es Bane *el Osado*.

—No —dijo el capitán Vaderton con una voz que, por vez primera, delataba un temblor—. Es imposible. Murió hace unos cuarenta años a manos de los guerreros de Vinchen. ¡Bane *el Osado* está muerto!

Un marinero subió corriendo de la cubierta de la batería y le susurró algo a Frain, quien palideció al oír la noticia antes de volverse hacia el capitán.

—Han inutilizado casi del todo la batería de estribor, señor.

—¿Hay alguna vía de agua? —inquirió Vaderton.

Frain negó con la cabeza.

—Algo es algo —dijo Vaderton con voz más firme.

Siguió con la mirada al *Cazador de krakens* mientras este pasaba por delante de su popa para colocarse a babor.

—Ha sido una hábil estratagema, pero esta batalla dista mucho de haber terminado, caballeros. Ignoro quién enarbola

la bandera de Bane *el Osado*, pero es hora de demostrarles lo que puede hacer una nave de guerra imperial. Señor Frain, ¿cuánto tardaremos en recargar los cañones de babor?

—No más de un minuto o dos —dijo este—. Estaremos listos mucho antes que ellos.

—Excelente. Que disparen en cuanto estén cargados.

El *Cazador de krakens* completó el viraje y avanzó sobre ellos con rapidez. Antes de que La *Guardiana* pudiera disparar un solo cañonazo, descargó otra andanada, esta vez contra la banda de babor. La nave volvió a estremecerse y Vaderton pudo oír los gritos de los artilleros abatidos y agonizantes procedentes de abajo.

—¿Cómo han podido recargar tan deprisa? —Frain sacudió la cabeza con incredulidad—. Se lo juro, capitán. No es posible.

—Pues está claro que sí lo es.

Vaderton observó cómo se les echaba encima el *Cazador de krakens*. Seguían demasiado lejos como para lanzar los garfios de abordaje, pero lo más probable era que pasaran por delante de la proa y se les acercaran para hacerlo desde el otro lado ahora que no tenían que preocuparse por el fuego de sus cañones.

En vez de ello, descargaron una tercera andanada. Esta vez de metralla, una granizada que roció la cubierta principal destrozando a los hombres y la arboladura con idéntica ferocidad.

—¿Cómo pueden recargar tan deprisa?! —gritó Frain.

El *Cazador de krakens* continuó con su trayectoria por delante de su proa.

—¿Y los cañones de mira?! —rugió el capitán Vaderton.

Dirigió el catalejo hacia la proa y comprobó que la tercera descarga se había concentrado cerca del castillo de proa. Se había cobrado menos vidas que si los hubiera alcanzado en el casco, pero ahora no quedaba nadie que manejara las piezas. Entre los muertos y los agonizantes vio el cadáver de Kellert tendido sobre una de ellas, como si quisiera protegerla. Un fragmento de metralla le había arrancado la tapa del cráneo y sus sesos se habían desparramado sobre el hierro del ánima.

Entretanto, el *Cazador de krakens* había vuelto a colocarse a estribor. Seguía demasiado lejos para intentar un abordaje y Vaderton pensó que pretendía descargar una cuarta andanada.

—¡Todos al suelo! —gritó, y la tripulación entera, incluido él mismo, se arrojó de bruces sobre la cubierta.

Pero en lugar del tronar del fuego de los cañones, sonaron sendos chasquidos, como los que hacen los resortes al accionarse. Vaderton se puso en pie de un salto al mismo tiempo que dos garfios de abordaje se enganchaban a la borda de estribor. Los cabos se pusieron tensos y el *Cazador de krakens* se precipitó sobre ellos.

—¡Todos a estribor! ¡Listos para el abordaje!

Los tripulantes se incorporaron, aprestaron espadas, picas y pistolas y corrieron a estribor.

Antes de que llegaran allí, en la cubierta del *Cazador de krakens* aparecieron cuatro figuras.

A la izquierda había un hombre alto y de constitución fuerte, con un chaleco negro. Llevaba bien recortados la barba y el cabello oscuros y tenía el rostro manchado de hollín. Una de sus piernas estaba envuelta en un armazón de acero y en la mano esgrimía una maza. Su expresión era tranquila. Casi desinteresada.

A la derecha había una mujer de cabello negro y ensortijado. Llevaba una casaca corta de lana y unos pantalones remetidos en unas botas altas de cuero. Blandía un arma de aspecto extraño. Parecía una cadena fina y larga, pero tenía un peso en un extremo y una cuchilla en el otro. Sus ojos oscuros centelleaban más aún que la cadena y en sus labios, de intenso color burdeos, se vislumbraba la sombra de una mueca.

Junto a ella se encontraba la mujer más alta que Vaderton hubiera visto nunca. Se erguía muy recta, casi regia, en un vestido blanco y ceñido que terminaba en sendas mangas largas y vaporosas. Una capucha del mismo color le ocultaba el rostro. A Vaderton le recordó de manera alarmante a las que solían usar los biomantes. Lo único que dejaba ver, enmarcado por

una cabellera negra y lisa, era la mitad inferior de un rostro en calma, con los labios pintados de rojo.

La última de las figuras era la de una mujer con la tez pálida y la cabellera rubia de los nativos de las Islas del Sur. Llevaba una armadura negra de Vinchen y, en lugar de mano derecha, tenía una espada. Cuando clavó sus gélidos ojos azules en el capitán, este sintió que un escalofrío le atravesaba el corazón.

—Rendíos ahora mismo y no habrá más derramamiento de sangre —dijo con una voz que resonó sobre el navío entero.

—Tienes algunos ases en la manga, lo reconozco —dijo Vaderton—. Pero no eres Bane *el Osado*, solo una mujer. Y además, os superamos en número. Os juro que no veréis el anochecer.

Y tras pronunciar estas palabras, sacó la pistola y disparó a la mujer.

Esta hizo un rápido movimiento con el brazo de la espada. La hoja despidió un extraño zumbido al rotar sobre la bisagra de la muñeca y desvió el proyectil. Al mismo tiempo, la mujer de blanco levantó los brazos y las mangas de su vestido se arremolinaron a su alrededor mientras extendía los dedos. Un instante después, todas las armas de fuego que había en cubierta estallaron de repente. Entre alaridos, los hombres se aferraron las manos y los rostros tiznados de pólvora.

Nadie que no fuera un Vinchen podía desviar una bala en vuelo. ¿Y quién sino un biomante podía hacer que un arma explotara de manera espontánea? Pero Vaderton sabía a ciencia cierta que ni la orden de Vinchen ni los biomantes aceptaban mujeres entre sus filas. De modo que, ¿a qué se enfrentaba?

La mujer con la armadura Vinchen lo apuntó con la espada. Sin apartar los ojos de los suyos, con lentitud, se abrió paso a estocadas entre el confuso caos de hombres heridos y aterrorizados. El canto fúnebre y siniestro de su espada se entremezclaba con los gritos de dolor.

Sus compañeros entraron también en combate. El hombre esgrimía la maza a su alrededor destrozando cráneos con actitud casi despreocupada o derribaba hombres con su pierna de

acero. La otra mujer daba saltos adelante y atrás mientras clavaba la cuchilla de su cadena en gargantas u ojos y utilizaba el extremo con el peso para defenderse de los ataques. La biomante, separada del resto, agitaba constantemente las manos frente a sí, como si estuviera interpretando un baile. Allí donde apuntaba, brotaba la muerte. Algunos hombres empezaban a arder; otros se convertían en polvo; y otros se arañaban la piel y chillaban como si les hirviera la sangre por dentro.

Al poco, la mujer Vinchen había ganado el alcázar dejando tras de sí un reguero de cadáveres desmembrados y decapitados. La atmósfera apestaba a sangre.

El capitán Vaderton desenvainó la espada, pero, a pesar de todos sus esfuerzos, fue incapaz de contener el temblor de sus manos.

La mirada de la mujer Vinchen era tan feroz e insondable como el mar.

—Capitán Vaderton, conocido servidor del consejo de biomantes. Ríndete o muere.

—Un capitán nunca rinde su nave —replicó Vaderton con un temblor en la voz no menos intenso que el de sus manos—. Cumpliré con mi deber o moriré en el intento.

Su enemiga asintió.

—Puede que aún te quede algún vestigio de honor. Acabaré rápido.

Descargó el golpe.

—¡No!

El joven Jillen se interpuso entre Vaderton y la hoja.

La mujer Vinchen giró el brazo y la espada se desvió hacia un lado. Fulminó al muchacho con la mirada.

—Apártate o me veré obligada a matarte a ti también.

Vaderton podía sentir que Jillen se estremecía de terror de la cabeza a los pies, pero aun así, el muchacho negó con la cabeza y permaneció en el sitio.

La mujer asintió con expresión de tristeza.

—Lo entiendo y alabo tu valentía.

Volvió a levantar la espada.

—¡Capitana, espera!

La mujer Vinchen se detuvo y aguardó pacientemente mientras la de la cadena corría hacia ellos. Al llegar, se quedó mirando a Jillen.

—¿Abejita? ¿Eres tú?

La pregunta hizo que Jillen se encogiese como ni siquiera la espada lo había conseguido.

—¡Filler! —llamó la mujer de la cadena.

El hombre volvió la cabeza hacia ella.

—¡Ven aquí!

Con tranquilidad, el hombre destrozó de un golpe la cabeza del marinero con el que estaba luchando y luego pasó lentamente por encima de su cadáver con un chirrido de su pierna metálica.

—¿Qué pasa, Tigas?

La mujer llamada Tigas señaló a Jillen sin decir palabra.

Filler abrió los ojos de par en par.

—¿Jilly? ¿Qué estás haciendo en un barco imperial?

Jillen se le acercó cautelosamente.

—¿Filler? ¿De verdad eres tú?

—Pues claro, Abejita. ¿Por qué vistes de chico?

—Porque se está haciendo pasar por marinero, evidentemente —dijo Tigas.

Jillen (¿o era Jilly?) miró a Filler como si quisiera acercarse más a él pero no se atreviese a dejar indefenso a Vaderton.

—¿Y por qué? —preguntó Filler.

—Estoy buscando a mi madre. Se alistó, ¿recuerdas?

El semblante de Filler se contrajo de pesar. Tocó una pieza de su pierna de metal y la rodilla se hincó delante de la muchacha.

—Lo siento mucho, Abejita. Red y yo dejamos que creyeses lo que te dijo aquel soldado imperial sobre que tu madre se había alistado en la Marina. Pero la verdad es que se la llevaron los biomantes.

—No.

—Yo conocía a tu madre —añadió él con voz queda—.

Nunca se habría alistado en la Marina. Detestaba tanto los barcos como a los imperiales. Lo siento, Jilly.

Los dos se miraron fijamente un instante. El rostro de Jilly era un campo de batalla de emociones enfrentadas.

—Voy a matar a todos los demás, ¿de acuerdo? —dijo la biomante. Y, con un simple gesto, hizo que a un marinero se le colapsara el cráneo.

—Sí, Brigga Lin, gracias —respondió la mujer Vinchen con tono ausente, aún sin apartar los ojos de la muchacha—. Los amigos de Red son mis amigos. Estás invitada a unirme a mi tripulación, Jilly.

—Pero es que ya formo parte de esta —respondió Jilly.

—¿Estás segura? —preguntó la mujer Vinchen.

Jilly se volvió hacia el capitán, que había asistido en silencio a la conversación. Poco a poco, su expresión de asombro se había trocado por otra, primero de horror y luego de indignación.

—¿Capitán?

—Mentir a un oficial sobre tu género —dijo con voz estrangulada— es un delito penado con la muerte.

—Escucha, tonto del culo —terció Tigas—. Esta muchacha acaba de salvarte la vida.

El capitán Vaderton se enderezó. La rabia parecía haber inundado calma a sus manos y valor a su corazón.

—Prefiero morir a estar en deuda con esta... ¡duendecilla caprichosa de Nueva Laven!

—Basta —dijo la mujer Vinchen en voz baja—. Ortigas, ve a echar una mano a Brigga Lin con la limpieza y luego ayuda a Alash a inutilizar los cañones que queden, a destrozar la arboladura y a recoger toda la pólvora y la munición. Filler, al camarote del capitán a por el dinero.

Las dos se marcharon sin decir palabra.

Jilly miró con nerviosismo a la mujer Vinchen y el capitán Vaderton.

—¿Qué vais a hacer con él?

—Dejarlo vivir, le guste o no.

Clavó sus penetrantes ojos azules en Vaderton.

—Lo dejaremos a la deriva en su *Guardiana* con una tripulación formada por los cadáveres de los hombres a los que debía proteger. Si, por algún milagro, logra sobrevivir, le hablaré de mí a todo el mundo.

—¿Y quién demonios eres? —inquirió Vaderton.

—Bane *la Osada*. Y estoy decidida a purgar el imperio del Consejo de Biomancia, aunque para ello tenga que desmontarlo nave a nave.